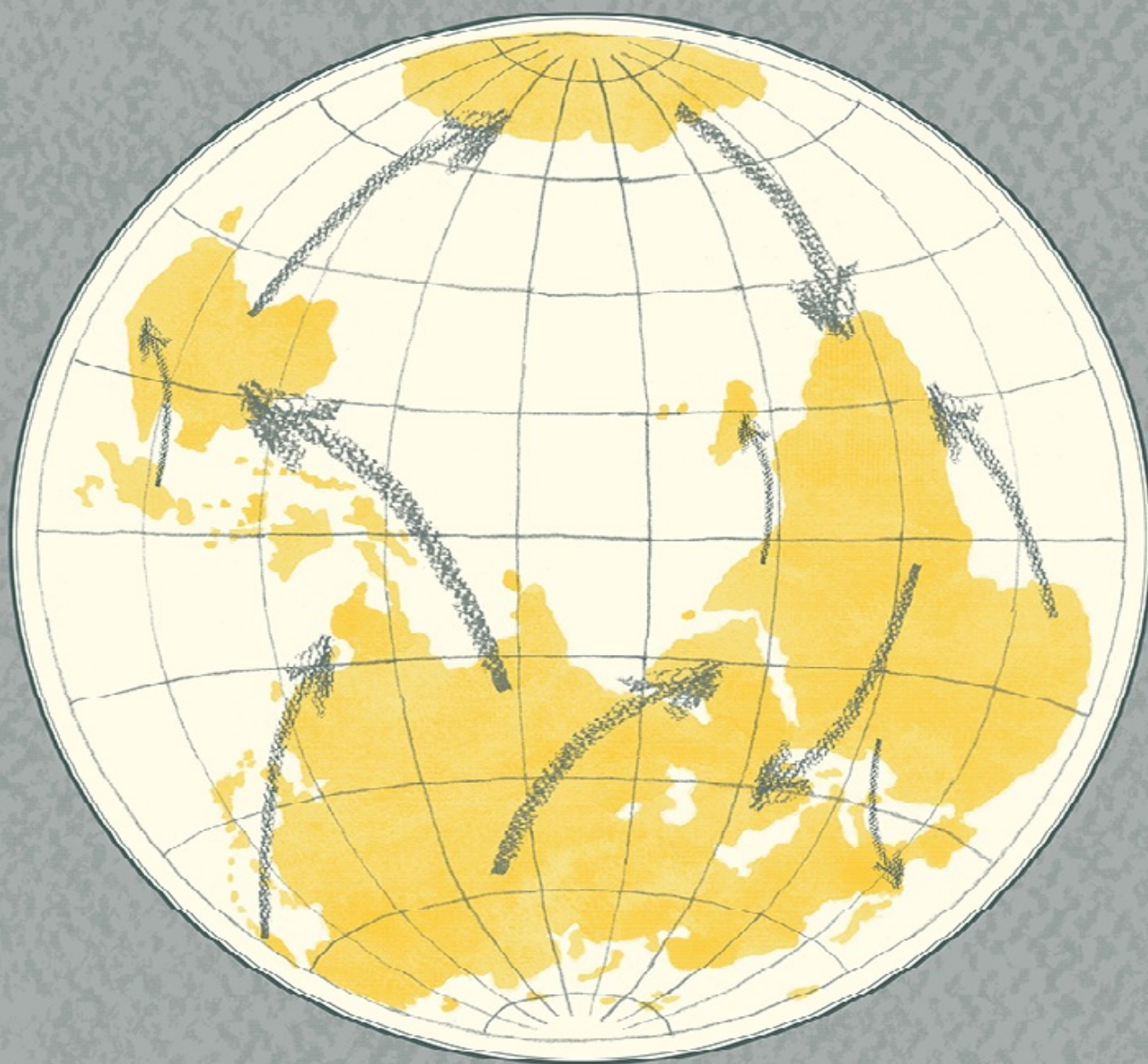


Migrantes

Alejandro Reig | Roger Norum



Ediciones Ekaré

Migrantes

Alejandro Reig
Roger Norum

EDICIONES
ekaré

Contenido

A modo de prefacio: la doble ruptura

Preludio

Mapa de un paisaje que se mueve

Introducción

La migración en nuestros días

Capítulo 1

Migración, migrantes: ¿Qué es? ¿Quiénes son?

Capítulo 2

El globo en movimiento: una breve historia de las migraciones de todos y de todo

Capítulo 3

La migración a debate: tensiones y oportunidades

Capítulo 4

Ciudades, ciudadanía y civilización: de migrante a ciudadano

Capítulo 5

La migración humanizada: vidas e identidades móviles

Capítulo 6

¿Un futuro transformado?

Coda

Seguir caminando, cambiando

Agradecimientos

Notas

Créditos

A modo de prefacio: la doble ruptura

La migración, el movimiento de seres humanos de una a otra parte del planeta Tierra, nos enfrenta a una profunda paradoja y nos invita a reflexionar sobre la posible o imposible esencia que une a los humanos. La paradoja es que todo el mundo ocupa algún lugar, al que se siente pertenecer, y que todo el mundo viene de alguna parte, muy probablemente de un lugar muy alejado del que ocupa. El ser humano se hace a partir de un sitio concreto, con cuyos miembros se identifica y con los que construye un sentimiento de «nosotros», pero también se hace a partir de experiencias, personales o acumuladas históricamente, vividas en el movimiento. La historia nos demuestra que sin desplazamiento no existiríamos, o por lo menos no existiríamos tal como somos hoy. No habrían llegado los romanos a las islas británicas, ni serían católicos los portugueses (o musulmanes, o protestantes, o lo que quiera que sean), las lenguas bantús no se habrían esparcido por toda África, los proto-indios americanos no habrían sabido poblar las selvas amazónicas o las praderas de Nebraska, los habitantes de Senegal no irían a instalarse en las tierras regadas por el río Segre y mezclarse con los habitantes de aldeas tan alejadas de las suyas y con nombres tan exóticos como Termens o Menarguens, etc. etc.

Tras leer el libro de Alejandro Reig y Roger Norum se me ocurre que la historia del ser humano ha consistido en una

doble ruptura. La ruptura con el origen (con la madre y con el padre y con la polis que nos vio nacer) y la ruptura con aquello que, de una forma más o menos poética, hemos dado en llamar «naturaleza», o sea las leyes biológicas y físico-químicas que regulan el comportamiento de los objetos del universo, ruptura que nos torna gradualmente en animales cada vez más culturales.

La ruptura con el origen produce dos efectos distintos: por una parte, el recuerdo del lugar de las raíces, y por otra parte el re-enraizamiento en el lugar del destino. Ninguna de estas dos formas de relacionarse con lugares tiene por qué ser positiva o heroica. El recuerdo de las raíces puede ser nostálgico y bello, pero puede estar también lleno de miedo, de odio, de resentimiento, de arrepentimiento, etc. El re-enraizamiento puede ser un éxito, pero también un fracaso, y puede estar lleno de dificultades, de resistencias, de desencuentros culturales y personales. Pese a estas dificultades, poco a poco la humanidad ha ido constituyendo lugares que son una mezcla de personas enraizadas y de personas que recuerdan distantes lugares de origen, y a menudo ambas personas son la misma: personas con doble conciencia, simultáneamente enraizadas y desenraizadas, utópicas y nostálgicas. La forma como en cada lugar se afronta esta dualidad depende de muchas cosas, y este libro muestra diferentes «soluciones», o esfuerzos para encontrarlas, que se dan en diferentes contextos del mundo complejo en que vivimos hoy, y de aquellos no menos complejos que los humanos crearon en el pasado.

La ruptura con la naturaleza nos ha permitido grandes logros (entre otros comer de forma cada vez más sabrosa y con mejores modales, pasearnos vestidos en vez de desnudos, y por

supuesto volar a mucha mayor velocidad que cualquier animal naturalmente dotado para ello), pero también nos ha inducido a una excesiva «regularización», a convencernos de que no basta con que lo natural tenga sus leyes (aquellas que descubrimos científicamente): hay que sobreponerle las humanas (aquellas que inventamos maquiavélicamente). Y así es como imponemos reglas para controlar, cognitiva y políticamente, el flujo de movimiento al que la propia tendencia a la ruptura, motor generador de historia humana, nos impulsa ciegamente. Hemos llegado a la perversión de pensar que el movimiento humano es anti-natural, que lo natural sería que uno se quedase en su madre comunidad, con los suyos, alimentando el grupo y siendo carne de cañón del mismo si fuera preciso, en vez de tener que estar migrando zoológicamente, como si de ñus o de golondrinas se tratara. Pero la tensión centrífuga, la fascinación por la ruptura, continúa tentando al espíritu, y las necesidades, o curiosidades, o tragedias, siguen hoy, como en el pasado, impulsando a millones de individuos a actuar, en su instinto de supervivencia o de superación de limitaciones, contra cualquier ejercicio de regularización externa. Y este libro también nos ofrece un amplio elenco de ejemplos de cómo los individuos se enfrentan, sea en el umbral de salida o en el de la llegada, a las restricciones de movilidad impuestas por los estados-nación y por la gobernación internacional.

Mucho más que un texto introductorio a un tema que nos ha acompañado siempre pero que ha cobrado un protagonismo muy agudo en los últimos veinte años, este texto constituye un ensayo que invita la constante reflexión y replanteamientos. Una experiencia ampliamente informativa y profundamente estimulante. ¡Feliz lectura!

Ramon Sarró Maluquer
Universidad de Oxford. Reino Unido

Preludio

Mapa de un paisaje que se mueve

«*The Times They Are a Changin'*».

BOB DYLAN, 1964

El mundo de hoy no está quieto. Dondequiera que se mire, las cosas están cambiando rápidamente, y el ritmo de este cambio parece estar incrementándose sin cesar. La tecnología, la educación, la salud, los hábitos alimenticios, el vestido: pocas cosas en la vida son lo que eran hace solo algunos años. El ambiente, por su parte, está en un proceso de transformación de grandes alcances; que suele sintetizarse en uno de los eslóganes característicos de nuestro tiempo: «cambio climático». Modelos de empleo obsoletos van desapareciendo rápidamente. El tipo de comida que comemos es diferente, y también cómo la comemos. Nuevas formas de educación, como la «desescolarización» o el «educar en el mundo» están creciendo exponencialmente. Los emprendimientos colaborativos y la inteligencia de grupo están alterando los viejos modelos de poder, mientras avanzamos hacia un mundo con economías compartidas y comunidades de colaboración fuertemente conectadas. En algunos lugares, compartir se ha vuelto incluso más deseable que poseer: ahora nos quedamos en la casa de otra

gente, compartimos nuestros automóviles, nuestros conocimientos, nuestras destrezas.

El cambio en cómo pensamos, en cómo actuamos, y en quiénes somos se ha convertido en un hecho de la vida cotidiana para miles de millones de personas en todo el planeta.

Lo mismo ocurre con el tema de este libro. El mundo de migración se define por ideas y experiencias de cambio. Incluso en el corto tiempo en el cual escribimos este libro, el discurso sobre la migración, sus procesos y sus prácticas han cambiado de forma perceptible. En pocos años han cambiado las políticas migratorias, han surgido nuevas rutas de migración y nuevos migrantes. La migración es, por supuesto en sí misma un acto de cambio, de movimiento, de renovación, de creación. Pero el hecho de que los acontecimientos y los números que definen a la migración continúen cambiando contribuyen a que este mundo dinámico sea cada vez más difícil de predecir.

Desde los esfuerzos de las autoridades europeas por manejar la así llamada «crisis» migratoria surgida en 2015, epicentro y punto de partida del análisis y la reflexión que dan forma a este libro, las cosas han seguido moviéndose en distintos puntos del planeta de formas difíciles de prever. Y una de las cosas que llama la atención, y alerta sobre el dinamismo de nuestro mundo, es la forma que toman algunos de estos cambios. A diferencia de otros anteriores, estos últimos no han sido ni graduales ni parciales, sino que en cuestión de pocos años y hasta pocos meses ciertas visiones dominantes —o al menos muy influyentes— sobre temas fundamentales han dado un giro de 180 grados. Alrededor del mundo siguen desarrollándose acontecimientos y nuevas crisis que impiden

olvidar que la migración es un fenómeno omnipresente que demanda atención, debate y estrategias de gestión.

Empezando por Europa, los esfuerzos de una dirigencia liberal e ilustrada por ordenar la migración con una política de apertura chocaron con resistencias poderosas. Las visiones de estos líderes, reconociendo la necesidad de recibir a los migrantes no solo por razones humanitarias y de derechos humanos sino también por razones prácticas, azuzaron los miedos de buena parte de la población, estimulados por la derecha y parte de la izquierda populistas en muchos lugares de Europa. Como resultado, el discurso anti-migratorio ha incrementado su fuerza en muchos países. Esto ha hecho crecer movimientos políticos de extrema derecha (uno de los más recientes en España), que hacen sintonía con movimientos que están surgiendo en Hungría, en Alemania, en Inglaterra, en los países escandinavos (entre otros), y que tienen entre sus mensajes fundamentales enfrentar a la migración. Aunque en 2019 todavía no se haya materializado la así llamada «Europa fortaleza»[\[1\]](#), las dirigencias europeas han pasado de un modelo de apertura a un consenso restrictivo de la migración, o al menos a una regulación mucho más estricta, en contra de las políticas que estos mismos dirigentes quisieron implementar inicialmente. Y este cambio, que quizá pueda considerarse un giro estratégico, ha tenido lugar en cuestión de pocos años. El mayor control fronterizo no ha hecho desaparecer el drama de los refugiados en el Mediterráneo. Este mar interior se ha convertido en la frontera más letal del globo, y solo entre enero y mayo del 2019 el número de migrantes ahogados en sus aguas pasaba de 500[\[2\]](#).

Del otro lado del Atlántico, lo que parecía una amenaza de ruptura del diálogo global existente sobre los temas migratorios se ha convertido, con el gobierno populista conservador de Donald Trump, en una realidad que afecta a todos los hemisferios. Aquellas amenazas de su campaña parecían difíciles de creer, pero efectivamente el presidente de Estados Unidos se ha enfrentado a todo el establishment político de su país en su esfuerzo por construir un muro para impedir físicamente la migración desde Centroamérica y México. En este clima de rechazo generado por el poder ejecutivo, la respuesta de los guardias fronterizos a las «caravanas» de migrantes a pie caminando desde América Central hasta la frontera ha llegado a situaciones inimaginables, como la separación de niños de sus madres y padres, apresados y puestos en jaulas tras entrar en el país. Este presidente puso al revés la mitología de origen estadounidense que nos habla de un país construido por inmigrantes de todo el mundo, consolidados en un productivo crisol de razas, y esta inversión de los discursos fundadores se ha apoyado en «noticias falsas» y mentiras con impacto emotivo para dar forma a la opinión pública[3]. El muro de Trump es también una operación de comunicación, y en su discurso son más las condenas, bloqueos y muros metafóricos que los que podría ser capaz de llevar a cabo. Pero esta agitación discursiva populista de la que Trump ha sido uno de los voceros globales es un signo de los tiempos que no puede desdeñarse. Así como la imagen fundadora de este país supone, por el contrario, un portal abierto y no un muro, Estados Unidos es una prueba viviente de que la migración funciona como un fenómeno productivo y enriquecedor en términos económicos, sociales y culturales. Pero sus hermosos ideales liberales de

apertura, convivencia e integración enaltecedora de las diferencias han sido vendidos a la baja, y sustituidos por estafas comunicacionales, que, de manera preocupante, son aceptadas por muchos. Este mismo proceso de construcción de una falsa conciencia, sustituyendo los ideales de la verdad por lo que se ha llamado la «post verdad», y los hechos por una realidad «post factual», le ha funcionado con éxito a los populistas italianos, polacos, austríacos y finlandeses, y a los promotores de la salida del Reino Unido de la Unión Europea, que han sumado adeptos a sus mensajes y han logrado éxitos políticos. La reacción a este último proceso, tanto de la sociedad como del establishment político, han develado que los argumentos que llevaron al referéndum por parte de los propulsores del Brexit eran falsos, cosa que incluso algunos de sus líderes reconocieron casi de inmediato[4]. Por una parte, la discusión parlamentaria y la creciente oposición social al proceso de salida pusieron sobre la mesa todos estos argumentos engañosos. Pero, por otra parte, en el proceso de negociación de un acuerdo consensuado entre las facciones políticas se blindó el estatus legal de los europeos residentes en el Reino Unido, con lo cual, incluso al concretarse la salida, su promesa fundamental de «mantener a Gran Bretaña británica», se ha hecho imposible de cumplir[5].

Así como ocurren estas cosas en Europa y Estados Unidos, en Sudamérica ha tenido lugar uno de los fenómenos de migración masiva más dramáticos de la historia del continente. Se trata del éxodo de millones de venezolanos[6] que huyen de una crisis económica, sanitaria y alimentaria nunca vista en este país y en la región. La mayoría de estos han salido caminando de Venezuela por la frontera occidental hacia Colombia, y otros por la frontera sur hacia Brasil, alcanzando

sitios tan lejanos como Perú, Ecuador, y finalmente Argentina y Chile, y muchos de ellos han obtenido estatus de refugiados. Las reacciones a este fenómeno migratorio van desde solidaridades conmovedoras de los locales hasta variadas reacciones xenófobas, y mientras los gobiernos han sido mayoritariamente receptivos, algunos también han variado sus posturas hacia otras más restrictivas. El gobierno de Argentina, país que también se construyó con un aporte migratorio inmenso, simplificó los trámites para la documentación y reconocimiento de los títulos educativos de los que llegan de Venezuela. El gobierno de Ecuador recibió de brazos abiertos a los refugiados venezolanos desde el comienzo de la crisis, pero luego comenzó a obstaculizar su llegada, solicitando documentos, como certificados de antecedentes penales, que los viajeros no podían proporcionar por las dificultades para obtenerlos en el lugar de origen (sin ir más lejos, obtener un pasaporte puede ser una tarea titánica en Venezuela). Dados sus grandes números y su llegada en períodos cortos de tiempo, se han producido dificultades en la acogida de los refugiados, especialmente en Colombia, Brasil y Ecuador. Pero, aunque las situaciones locales son variables, la inserción de estos recién llegados en sus destinos finales augura a mediano y largo plazo que podrán llenar vacíos en la demanda laboral, y seguramente generar un enriquecimiento de capacidades profesionales, así como de manifestaciones culturales.

Por su parte, en el sudeste asiático la crisis de refugiados Rohingya en la frontera entre Myanmar y Bangladesh en 2017 y 2018 ha abierto otro escenario donde los aspectos más inhumanos de la migración se hacen patentes. Esta minoría étnica está formada por descendientes de migrantes

musulmanes llegados en la Edad Media a lo que es hoy la provincia noroeste de Rakhine en Myanmar, antigua Birmania, país de mayoría budista. Durante décadas el gobierno dictatorial los sometió a condiciones de discriminación negándoles la ciudadanía y categorizándolos como migrantes bangladesíes. En estos últimos años el ejército ha desarrollado lo que la ONU ha descrito como «un caso de limpieza étnica»: con el argumento de enfrentarse a grupos armados Rohingya, han quemado los poblados en la frontera, han asesinado a sus habitantes y han obligado a los sobrevivientes a cruzar la frontera y refugiarse en Bangladesh. Lo que ha captado la atención del mundo y los medios globales es que todo esto ha estado pasando con el apoyo de la actual líder de facto del país, Premio Nobel de la Paz y luchadora durante décadas por el retorno de la democracia en su país. Aung San Suu Kyi ha dado por buena la versión del ejército del conflicto y reproducido estos argumentos de discriminación étnica[7]. «¿Cómo es esto posible?» es una pregunta ineludible ante estos hechos. Pero el mismo hecho de tener que formularla muestra que entender y solucionar una crisis migratoria no se resuelve definiendo los campos del bien contra el mal, o diferenciando entre lo legal y lo ilegal, sino que entraña diversas consideraciones en varios frentes, y que en último término, siempre exige compromisos y concesiones, así como un diálogo entre distintos grupos sociales.

Para que este diálogo imprescindible pueda tener lugar en los diferentes rincones y fronteras del mundo donde se desarrollan conflictos y discusiones semejantes a estas, hace falta entender las distintas dimensiones de este tema de importancia global. Esto requiere un mapa básico para tener

una vista panorámica y global sobre los conceptos, los hechos, los debates y las preguntas principales sobre la migración, y para orientarse por su compleja topografía. Este libro busca contribuir a esta cartografía del tema, sobrevolando los cambios incidentales que las circunstancias generan en distintos lugares del paisaje global, y poniendo al alcance del lector algunas pautas para entender sus regularidades. ¡Bienvenidos al viaje!

Introducción

La migración en nuestros días

La gente se mueve. Se desplaza de un lugar del planeta a otro, muy cerca o muy lejos, atraviesa océanos sin saber cuándo volverá, se traslada dentro de su propio país, o bien cruza una frontera por la mañana para trabajar y volver de noche a su hogar. Grandes contingentes de personas, en aluviones repentinos o en goteos esparcidos en el tiempo, abandonan sus lugares de origen por otras regiones, países o continentes, buscando labrarse un futuro en sitios a veces muy distintos de aquellos donde nacieron.

Hombres, mujeres y niños —y hasta niños solos—, se trasladan en pequeños o grandes grupos, personas solas o familias enteras, por temporadas de trabajo, por períodos definidos o de por vida, por su propia voluntad o expulsados de su tierra a causa de la guerra, el hambre, la persecución o la pobreza. Estos movimientos transportan personas, fuerza de trabajo, dinero, costumbres, ideas, productos y creencias de uno a otro rincón del planeta, y esta circulación contribuye a alimentar y mantener las economías y sociedades del mundo, y también a transformarlas, a través de interacciones cuya naturaleza puede ser difícil precisar.

El ciudadano medio de casi cualquier rincón del mundo contemporáneo percibe que, como resultado de estos movimientos, vive inmerso en una transformación continua de su entorno humano, ya sea este una ciudad grande o pequeña,

un pueblo o una aldea rural. Los lugares donde vivimos han dejado de ser paisajes humanos homogéneos, y se muestran como mosaicos de costumbres, música, colores de piel, vestidos y lenguajes de distintos orígenes. Jóvenes urbanos de aquellas ciudades que reciben personas de otros sitios oyen que sus mayores cuentan que antes era distinto, que no había tantos extranjeros en la calle, o que solo algunos venían de visita, o se quedaban por temporadas de trabajo. Viejos campesinos ven cómo las casas de sus pueblos que han quedado desiertos son compradas por pensionados pudientes de otras latitudes que, a su vez, han dejado sus propias viviendas en sus países natales. También recuerdan que antes los jóvenes encontraban pareja en el pueblo, mientras que ahora ya no hay jóvenes en muchos kilómetros a la redonda.

¿Cuándo empezamos a movernos? ¿Por qué lo hacíamos antes? ¿Por qué razones lo hacemos ahora? ¿Es la migración algo bueno o malo para nosotros, para nuestra familia, nuestra comunidad y nuestro país? ¿Acaso acabará alguna vez? ¿Debemos apoyarla u oponernos a ella? Estas son preguntas importantes y que merecen respuestas confiables, y su búsqueda puede ser una forma de darle sentido al complejo y cambiante mundo en el que vivimos. Nos llevará a desplegar el abanico de temas que la migración contemporánea concentra y a reconocer sus diferentes estratos (políticos, económicos, sociales, culturales, familiares), y al hacerlo quizá podamos entender mejor a la gente que se ve implicada en ellos, de uno y otro lado.

Este libro es un viaje de exploración por las características de los movimientos de personas a lo largo y ancho del globo, tanto en el presente como a través de la historia. Intenta dar

suficientes datos y explicaciones para entender que estos movimientos configuran uno de los fenómenos sociales y políticos más antiguos y decisivos de la humanidad. Y hacerlo de manera equilibrada y completa es hoy una labor apremiante, porque, como ocurre con casi todos los temas políticos, económicos y ambientales claves del mundo contemporáneo, se suele hablar de la migración desde posiciones sesgadas y parciales, determinadas por el punto de vista del grupo de interés que opina. Así, una visión muy difundida de la migración la define como un problema inédito que debe ser resuelto por los países de Europa central o de América del Norte, que se ven invadidos por inmigrantes pobres de África, Asia, Europa oriental o América Latina, que sobrecargan sus sistemas de seguridad social, compiten por escasos puestos de trabajo y crean todo tipo de problemas de convivencia. Sin analizar más en detalle este argumento habitual, se debe notar que es este un punto de vista parcial, que carece de la suficiente información sobre el presente y el pasado: no tiene en cuenta, por ejemplo, que también muchos europeos jóvenes emigran hoy hacia aquellos destinos a buscar trabajo o estudiar, debido a las fluctuaciones económicas de Europa o a los altos costos de la educación superior; que los países de África, Asia y del Oriente Medio reciben contingentes de refugiados mucho mayores que los países europeos; que en el último siglo y medio millones de europeos pobres migraron a América porque sufrían hambre y estancamiento en sus propios países, y que desarrollaron proyectos de vida en el nuevo mundo; y que puede decirse que la riqueza del continente europeo se debe en parte a su etapa imperial de explotación de las riquezas y la mano de obra de estos continentes. A su vez, esta visión deformada desde los

centros de poder y la opinión pública occidental pierde de vista que la emigración se vive alrededor del globo de formas particulares —y a veces configura respuestas muy semejantes— entre los países del Sudeste asiático, las regiones de China —escenario de las mayores migraciones en el presente—, entre Oceanía y África, dentro de América Latina, en Oriente Medio o al interior de muchas naciones africanas[8].

Un primer paso necesario será reconocer y sistematizar las distintas formas de movimientos de personas, sus distintos sentidos, funciones, causas y temporalidades, que conforman el panorama de la migración en el mundo contemporáneo. Para ello, se hace necesario constatar que la movilidad humana ha sido fundamental para nuestra especie desde tiempos muy remotos, aunque los especialistas todavía discutan cuándo y cómo se dieron las primeras migraciones.

El «Homo sapiens» nació en las sabanas del noreste africano hace unos 150.000 o 200.000 años, recogiendo el último desarrollo evolutivo de sus antepasados homínidos, consistente en una forma de locomoción bípeda —el caminar— que lo diferenciaba y le permitía compensar sus debilidades de velocidad o fuerza frente a sus presas con la capacidad para perseguirlas colectivamente a través de largas distancias. Varios milenios después, los primeros grupos de cazadores-recolectores humanos migraron fuera del continente africano y se expandieron, descubriendo nuevas regiones que hoy conocemos como Europa, Asia, Oceanía y América. Nuestros antepasados construyeron distintas formas de vida en diversos lugares, domesticaron a otras especies animales y vegetales, desarrollaron creencias, lenguas y formas artísticas,

diversificándose, multiplicándose y fortaleciéndose a lo largo de innumerables y prolongados viajes a distintos destinos.

Recorrer la historia de estos desarrollos civilizatorios humanos encauzados en grandes migraciones es fascinante, y revisar las oleadas migratorias a lo largo de la historia desde la antigüedad puede resultar muy ilustrativo para entender el presente.

La migración tal como es entendida hoy es una práctica que ha estado entre nosotros desde el siglo XVI, y se afianzó con la revolución industrial y la sociedad de consumo. Las empresas coloniales e imperiales y el crecimiento del Estado nación contribuyeron a darle forma a las estructuras que sostuvieron el desarrollo, apoyándose durante largo tiempo en la migración forzada. Esto hizo posible el movimiento mercantil y militar entre posesiones coloniales en la edad moderna, y luego en la edad contemporánea. La era de la industrialización (1850-1950) y la llamada «edad de la migración en masa» (1850-1914) estuvieron inexorablemente vinculadas entre sí: la revolución industrial provocó la aparición de nuevas trayectorias migratorias, y millones de personas que continuaron migrando apoyaron la industrialización prolongada. El surgimiento de la era industrial durante la segunda mitad del siglo XIX revolucionó la vida y los patrones de trabajo para millones de personas a lo largo de Europa y Norteamérica. La influencia disruptiva de las fábricas, los ferrocarriles y las economías de escala cambiaron tanto la naturaleza de la oportunidad como el lugar donde esta podría surgir. Millones de personas fueron desarraigadas de sus formas de vida tradicionales y sus hogares, y se pusieron en marcha por diferentes caminos en la búsqueda de mejores

oportunidades, o para escapar a una vida que se había vuelto intolerable.

Durante las últimas décadas, la migración se ha expandido enormemente en términos de distancia debido al crecimiento de los flujos de trabajo transfronterizos globales, así como a los conflictos y la violencia internacional y doméstica, y al desplazamiento de personas a consecuencia de estas[9]. Sin embargo, un aspecto interesante que surge al poner en perspectiva histórica la migración es que con frecuencia ha habido contramigraciones (no solo de personas sino también de cosas, ideas, dinero) en direcciones opuestas. Por ejemplo, las nuevas trayectorias establecidas durante la época colonial determinaron un flujo de movilidad en varias direcciones. El colonialismo europeo movilizó al otro lado del océano a más de 60 millones de europeos, que emigraron como personal administrativo o militar; muchos exploradores y viajeros se aventuraron a lo largo y ancho del globo por períodos cortos o largos, transportando de regreso conocimientos, experiencias y mapas; mercaderes y comerciantes llevaron bienes, capital y prácticas de comercio de los centros de poder colonial a los rincones más recónditos de los imperios. En la dirección opuesta, millones de asiáticos y africanos, así como un menor número de amerindios, viajaron a Europa inicialmente como esclavos y luego como trabajadores contratados y soldados en los ejércitos europeos en distintas guerras; y trajeron consigo formas de vida y de pensamiento, así como prácticas religiosas, novedosas para los europeos. Más tarde, las olas de descolonización del último tercio del siglo XX animaron a millones de personas de las antiguas colonias a migrar a Europa[10].

La movilidad humana en el presente ofrece un panorama mucho más diverso que en el pasado, y su motivación fundamental parece haberse independizado de la mera búsqueda de opciones de supervivencia colectivas. La migración tiene lugar a escalas diferentes y entre geografías muy distintas: entre continentes, entre regiones, entre países, entre ciudades, entre pueblos y ciudades, etc. Hoy, como antes, las personas se mueven para buscar trabajo y alternativas económicas; pero también para estudiar, cambiar de estilo de vida, perseguir sueños, encontrar parejas, para disfrutar de otros paisajes, comidas y culturas, porque distintos países requieren sus servicios profesionales, porque sus empleadores los destinan temporalmente a nuevas latitudes; o quizá incluso para hacer la vida un poco más interesante o feliz[11]. Otras motivaciones como escapar de la guerra o la persecución política o religiosa, se han mantenido constantes a lo largo de la historia. En los últimos años una de las formas dominantes de movimiento humano ha sido la que ocurre entre áreas rurales y urbanas de un mismo país, y no entre países. El abandono del campo por parte de gente que busca mejores oportunidades económicas y sociales ha cambiado el paisaje de muchas ciudades del mundo, y a su vez ha reconfigurado los espacios rurales.

Diferentes tipos de migrantes encarnan estos diferentes tipos de migraciones. Unos llegan al destino elegido para pasar allí el resto de su vida; otros se quedan por un corto período de tiempo —un mes, un año— antes de volver a casa; hay quien elige ir y volver regularmente de un hogar a otro. Muchos nunca llegan a su destino, e incluso algunos pierden la vida trágicamente tratando de llegar al nuevo puerto. Es evidente que los humanos siempre nos hemos movido. Pero, si la

movilidad humana no es nada nuevo, ¿por qué, y desde cuándo, se ha transformado en un «problema» dentro de muchas sociedades? Más adelante veremos que los así llamados «problemas de la migración» tienen poco que ver con la gente misma, y mucho más con los sistemas, estructuras y regímenes políticos de los que estas personas forman parte. Pero también responden a la ignorancia y la resistencia a aceptar a personas distintas, al temor a un deterioro económico y al miedo al cambio.

Para mucha gente la migración es uno de los problemas más importantes de la sociedad contemporánea. Pero ¿por qué se ve como un problema? ¿Cuáles son realmente «problemas» inherentes a la migración, y cuáles pueden asociarse con otros factores externos? Nuestro mundo cambiante y cada vez más interconectado ha experimentado un incremento de la migración; y en su veloz esfera de comunicaciones se multiplican respuestas, diagnósticos, reacciones y condenas en un concierto desafinado. La inmigración de países pobres a países ricos sigue siendo todavía definida por muchas personas de orientación conservadora como algo «dañino y disfuncional» que debe ser rectificado con cambios de políticas y con un control restrictivo de las fronteras. Por su parte, para aquellos que tienen una actitud más liberal hacia la migración, las dificultades que la propulsan constituyen una razón para luchar por la erradicación de la violencia, la pobreza, la falta de educación o recursos, entre otras causas de raíz que llevan a la gente a abandonar sus hogares[12]. Estos dos bandos y campos de discurso, y también algunas posiciones intermedias, parecen sobrecargar a la migración y a los migrantes con responsabilidades que hacen difícil precisar sus contornos

concretos y entender su verdadera textura humana. Han existido razones sociopolíticas muy específicas para oponer una «buena» migración a una «mala» migración. Como ha dicho el académico Stephen Castles, refiriéndose a los años anteriores a la crisis financiera del 2008: «Se consideraba valioso el reclutamiento internacional de personas altamente cualificadas, mientras que a los trabajadores de baja calificación se les veía fuera de lugar en las flamantes economías posindustriales. Los movimientos de los trabajadores muy capacitados eran celebrados como movilidad profesional, mientras que aquellos de los poco capacitados eran condenados como migración no deseada. La movilidad se asociaba con lo bueno, porque era la insignia de una sociedad moderna y abierta; la migración se hacía corresponder con lo malo porque hacía despertar recuerdos arcaicos de invasión y desplazamiento»[13].

Sin duda, que se considere o no la migración como «problema» tiene mucho que ver con la propia perspectiva. Si uno es un sirio que no encuentra trabajo y además con temor a perder la vida en el conflicto armado, puede muy bien decidir dejar su país para asegurar su supervivencia y la de su familia buscando una mejor oportunidad en algún otro lugar. Por lo tanto, puede ver la migración como algo positivo, saludable y equitativo, que ofrece oportunidades a gente necesitada. Si, por otra parte, uno es un desempleado español y ve cómo los extranjeros llegan a su región buscando trabajo o una mejor vida, puede percibir la migración como amenazante, peligrosa, injusta o egoísta. Estos puntos de vista se producen en un contexto determinado por un conjunto de factores ajenos a los individuos implicados en la migración, sean estos migrantes o

residentes de los lugares que los reciben: la disparidad de desarrollo y riqueza a lo largo y ancho del planeta; la crisis global de empleo; la segmentación del mercado laboral, las revoluciones en la comunicación y el transporte (y la brecha digital). La perspectiva vendrá determinada por la posición que cada cual adopte en su pedazo del mundo circunscrito por estas variables: empujado por sus crisis, detenido por ellas, a la espera de algo mejor, con nuevos horizontes o sin ellos. En este libro nos proponemos producir una apertura de esta perspectiva, valorar el punto de vista de los otros, recuperar la complejidad del tema y proponer una visión abarcadora para entenderlo. Es por ello que hemos optado por el uso de *migrante* y *migración* por encima de *emigrante*, *inmigrante*, *emigración* e *inmigración*, ya que los prefijos *in-* y *e-* obedecen a perspectivas particulares. Pero ya sea que una persona esté emigrando o inmigrando, y sin importar de qué lado de la frontera se esté, es evidente que la migración es uno de los fenómenos que definen al mundo de hoy, y que alcanza, de una u otra manera, a todos sus habitantes.

Capítulo 1

Nota para el lector:

La abreviatura a. p., «antes del presente» se utiliza cuando las fuentes referidas en el texto fechan un acontecimiento con en este estándar, el del método de datación radiocarbónica —usado en arqueología, geología y paleontología, y que establece el año 1950 como el «presente» o punto cero de esta escala—. Se mantiene asimismo el uso de las abreviaturas a. C. y d. C., «antes de Cristo» y «después de Cristo», respectivamente, siguiendo la convención habitual para las fechas históricas.

Migración, migrantes: ¿Qué es? ¿Quiénes son?

¿Qué es exactamente la migración? Si se consideran todos los movimientos, las personas y las políticas involucradas en los procesos de migración, se verá que no se trata de una pregunta fácil de responder. Para entender mejor su complejidad, y eventualmente darle una respuesta, se puede empezar por formular otra pregunta: ¿quién es migrante?

¿Acaso no se llama *migrante* a alguien que vive en un país diferente de aquel donde ha nacido? Sí, esta es una definición del término, pero lo que está en juego es mucho más que esto. Los migrantes aparecen con diversas formas, frecuencias y magnitudes, así como en diferentes tiempos. Se quedan por períodos más o menos largos, y se integran en distintos grados en sus nuevos hogares y vecindarios.

¿Qué vemos si miramos a nuestro alrededor? Esa mujer que habla por teléfono con acento extraño, ¿es una migrante? Aquel hombre más allá, con la piel ligeramente más oscura o clara que la nuestra, ¿es acaso un migrante? ¿Cómo podemos saberlo? ¿Eres tú mismo un migrante? ¿Cuánto tiempo llevas viviendo en tu ciudad de residencia? ¿Tus abuelos llegaron de otro lugar? ¿De otra ciudad, otra región, otro país o continente? ¿Cómo te ves a ti mismo aquí, en el lugar donde vives ahora? ¿Como un migrante, un ciudadano, un residente, un trabajador temporal, un exilado o expatriado, acaso como un visitante?